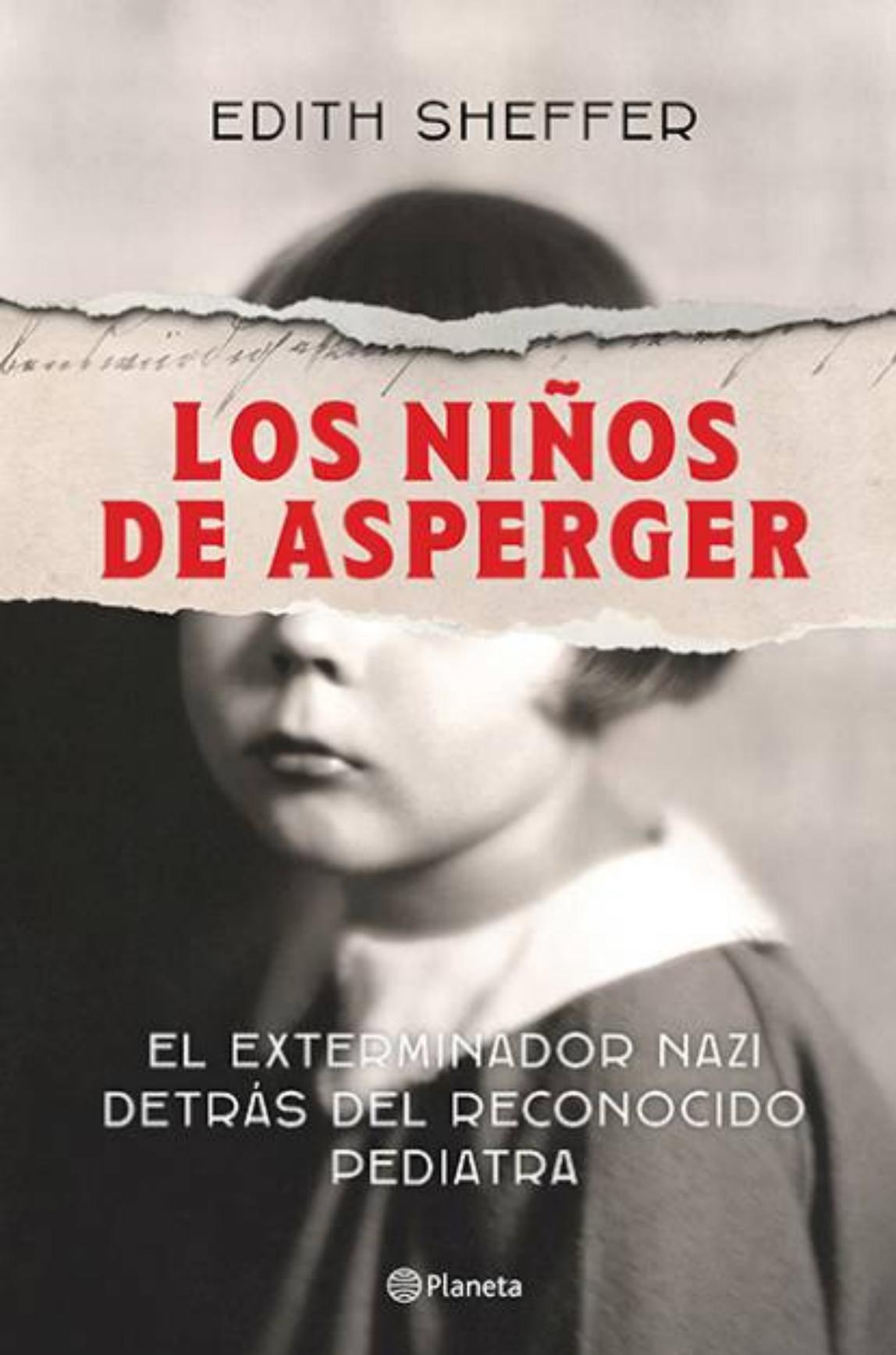


EDITH SHEFFER



Los niños de Asperger

LOS NIÑOS DE ASPERGER

EL EXTERMINADOR NAZI
DETRÁS DEL RECONOCIDO
PEDIATRA

 Planeta

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1 Los expertos entran a escena

CAPÍTULO 2. Los diagnósticos de la clínica

CAPÍTULO 3. La psiquiatría nazi y el espíritu social

CAPÍTULO 4. Indexación de vidas

CAPÍTULO 5. Teorías letales

CAPÍTULO 6. Asperger y el sistema homicida

CAPÍTULO 7. Niñas y niños

CAPÍTULO 8. La vida diaria de la muerte

CAPÍTULO 9. Al servicio del *volk*

CAPÍTULO 10. Ajuste de cuentas

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

ABREVIATURAS

NOTAS

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

ACERCA DEL AUTOR

CRÉDITOS

Para mi hijo Eric

INTRODUCCIÓN

¿Cuál es la diferencia entre una mariposa y una mosca?

—La mariposa no crece en la habitación como la mosca —dijo Harro. Esta era su prueba de inteligencia y Harro decidió hablar de la mosca:

¡Se desarrolla de manera completamente diferente! La mosca madre deposita muchos, muchos huevos en un hueco del piso de madera y entonces, pocos días después, las larvas emergen. Lo leí una vez en un libro —muero de risa cuando me acuerdo— en el que el piso hablaba y decía: «¿Qué se asoma por esta tablita? ¿Una cabeza gigante con un cuerpecito y una trompa como de elefante?». Y luego, algunos días después, se meten en su capullo y de repente salen algunas lindas mosquitas de ahí.¹

Harro y otros niños también habían crecido dentro de un capullo en una habitación de la Clínica de Educación Curativa de Hans Asperger, en el Hospital Infantil Universitario de Viena. Destacaban, al igual que la larva, de forma curiosa. Sus diferencias se volvieron más cuestionables durante el Tercer Reich, y los médicos y las enfermeras de la clínica trabajaban en el desarrollo de estos niños. Asperger sostenía que, con el debido «entendimiento, amor y guía», podrían encontrar «su lugar en el organismo de la comunidad social».²

Asperger decía que valoraba las características especiales de los niños que trataba, por lo que personalizaba su enfoque a sus necesidades individuales. Tenía un enfoque holístico. En el abierto y elegante Pabellón Wilderhofer, los niños participaban en varias actividades, como deportes, actuación o música. Asperger se sentaba con los niños, inclinando su largo cuerpo para llegar a su nivel y conectarse con ellos. Con la mirada atenta registró todo el espectro de su comportamiento en su tesis posdoctoral. Harro fue uno de los casos de estudio para su nuevo diagnóstico: la psicopatía autista.

La escuela de Harro lo había enviado a la Clínica de Educación Curativa de Asperger para una evaluación. El informe explicaba que el niño de ocho años y medio no hacía lo que se le pedía, era respondón, no entregaba las tareas y se quejaba de que sus clases eran «demasiado estúpidas». Sus compañeros lo ridiculizaban y él golpeaba y lastimaba a otros niños por asuntos triviales. Incluso se dijo que gateaba durante las clases y tenía «actitudes homosexuales».³ Sus profesores aseguraban que Harro podría triunfar «si quisiera», pero había reprobado todas las materias y tenía que repetir el curso.

Fue difícil evaluarlo porque casi nunca cooperaba ni lograba realizar tareas convencionales. En ciertas áreas demostraba habilidades superiores a las propias de su edad. En matemáticas, por ejemplo, llegaba a los resultados correctos a su manera. ¿Cuánto es 47 menos 15?: 32 —«o sumas 3 y luego 3 más 3 a lo que debes restar, o primero restas 7 y luego 8»—. Asperger consideró que esa «originalidad excepcional» era evidencia de las «habilidades especiales» de muchos niños como él.⁴

El problema, según Asperger, era que Harro no tenía habilidades sociales. El médico dijo que se mantenía aislado del grupo y que «nunca se mostró cálido o alegre ni pa-

recía confiar en los demás» en el pabellón. Se resistía a adquirir los «importantes hábitos sociales de la vida diaria»; no jugaba con otros niños, pero pasaba mucho tiempo leyendo, indiferente, en una esquina. Según Asperger, cuando se le hacían bromas, Harro «no mostraba tener sentido del humor». Tenía la «mirada perdida» y «pocas expresiones y gestos faciales». ⁵

Asperger determinó que Harro manifestaba psicopatía autista, pero, debido a su inteligencia, estaba del lado «favorable» del «espectro» autista. Esto significaba que podían ayudarlo para que se integrara a la comunidad. A los niños como Harro se les podía enseñar a «integrarse socialmente» y a desarrollar «valor social» en profesiones de especialización técnica. ⁶ Lo que estos niños prometedores necesitaban, escribió Asperger, eran cuidados personalizados para nutrir su crecimiento cognitivo y emocional. Se compadecía de sus dificultades, defendía su potencial y celebraba su singularidad.

Esta es la imagen benevolente que hoy tenemos de Asperger, pero representa solo un lado de su trabajo. Si bien apoyaba a los niños que según él podrían ser educados y defendía sus discapacidades, también despreciaba a aquellos cuya discapacidad consideraba más grave. Durante el Tercer Reich los pronunciamientos despectivos podían ser condenas de muerte y, de hecho, muchas de las opiniones de Asperger lo fueron.

Aunque Harro pasó la evaluación de Asperger, todavía era menospreciado por estar etiquetado con psicopatía autista. Asperger aseguraba que los niños autistas «realmente no encajaban en este mundo» y que parecía como si «solo hubieran caído del cielo» pero, como la mosca, simplemente estaban forjando su propio camino. Harro explicó: «La mosca es más hábil y puede caminar por el vidrio resbaloso

y por la pared... Apenas ayer vi que tiene garritas en sus pies y pequeños ganchos en las puntas; cuando siente que se resbala, se aferra a la pared con ellos».⁷

Sin embargo, este libro no retrata la historia de un chico ni del extremo más afortunado del espectro autista de Asperger. Trata de todos los niños que vivieron el régimen de diagnósticos del Tercer Reich y de cómo la psiquiatría nazi juzgó sus mentes y determinó sus destinos. Los diagnósticos reflejan los valores, las preocupaciones y las expectativas de una sociedad. Este libro destapa el terrible contexto en el cual se descubrió la enfermedad mental a la que se denominó autismo y, al mismo tiempo, revela cómo una idea que al principio parecía extraordinaria, continúa ligada a la comunidad que la creó: el Tercer Reich.

El término *autismo* fue propuesto en 1911 por Eugen Bleuler, un psiquiatra suizo que lo usaba para describir a pacientes esquizofrénicos que parecían estar desconectados del mundo real. Hans Asperger y Leo Kanner, su compañero de origen austriaco, fueron los primeros médicos en proponer el término *autismo* como un diagnóstico independiente para describir ciertas características del aislamiento social; otros lo habían hecho antes, pero se referían a ellos como *esquizoides*. Con el paso de los años, varios psiquiatras se sintieron cautivados por los niños que se aislaban de los otros y del resto del mundo, y propusieron distintos términos para clasificarlos.⁸

Kanner, quien entonces trabajaba en el Hospital Johns Hopkins en Estados Unidos (donde se le reconocería como el «padre» de la psiquiatría infantil estadounidense), publicó su trabajo sobre el autismo, *Trastornos autistas del contacto afectivo*, en 1943.⁹ Ese mismo año, Asperger presentó en Viena su tesis posdoctoral «Los "psicópatas autistas" en la infancia», que publicó en 1944. Kanner describió a ni-

ños que consideró relativamente similares entre sí relativamente similares entre sí. Observó que presentaban aislamiento emocional y social, así como preocupación por objetos y rituales, con comportamiento repetitivo, habla escasa o nula y graves limitaciones cognitivas. Hoy día esto se conoce como autismo «clásico» o kanneriano. Durante décadas, los médicos de Estados Unidos utilizaron esta estrecha definición. El autismo era un diagnóstico relativamente raro: uno de cada 5 000 niños en 1975 lo tenía.

La definición de Asperger de la psicopatía autista era mucho más amplia e incluía a aquellos que enfrentaban problemas más moderados; por ejemplo, a veces los niños tenían un habla fluida y podían asistir a una escuela regular. Los diagnósticos de Asperger fueron poco conocidos durante décadas, hasta que Lorna Wing, la importante psiquiatra británica, descubrió su tesis de 1944 y en 1981 difundió el diagnóstico al que ella llamó «síndrome de Asperger». El concepto cobró fuerza en los círculos de psiquiatras y, en 1994, la Asociación Estadounidense de Psiquiatría incluyó el síndrome en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM-IV). Como el síndrome de Asperger se entendía cada vez más como un autismo en el que el paciente es «altamente funcional», la Asociación Estadounidense de Psiquiatría lo eliminó del DSM-V en 2013 y lo incluyó dentro de los diagnósticos generales del trastorno del espectro autista. No obstante, la comunidad internacional aún considera al síndrome un diagnóstico particular en la *Clasificación internacional de enfermedades, décima edición* (CIE-10).¹⁰

La difusión del trabajo de Asperger en la década de 1990 cambió la cara del autismo. Los psiquiatras llegaron a verlo como un espectro de trastornos que incluía a niños con diversas características. El diagnóstico fue más allá de la percepción de Kanner, cuya descripción incluía a algunos

individuos gravemente discapacitados, con limitaciones del habla y en la capacidad para interactuar con otros, hacia una descripción de personalidad que podría incluir a genios matemáticos con pocas habilidades sociales.

La cantidad de diagnósticos del espectro autista se disparó por los cielos. Si bien las causas médicas, genéticas y ambientales específicas detrás del trastorno han sido muy debatidas, existe un consenso general de que una parte del aumento de los casos detectados se debe al amplio criterio del diagnóstico. De acuerdo con los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de Estados Unidos (CDC, por sus siglas en inglés), el número de niños clasificados con trastornos del espectro autista aumentó de uno de cada 2 500 en 1985 a uno de cada 500 en 1995. Entre más se difundía el trabajo de Asperger, más aumentaba el número de casos: de uno de cada 150 niños en 2002 a uno de cada 86 en 2016.¹¹ Los especialistas atribuyen este incremento a una mayor sensibilidad para reconocer los problemas de los niños, así como a un aumento objetivo de sus síntomas.

A pesar de que el criterio de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría para el espectro autista nace a partir del trabajo de cientos de psiquiatras, todavía conserva fuertes ecos de las ideas y el lenguaje que se utilizaba siete décadas atrás. Asperger escribió en 1944: «El trastorno fundamental de los individuos autistas es la limitación para establecer relaciones sociales»; y un criterio básico para el autismo, según el DSM-V, son las «deficiencias persistentes en la comunicación y en la interacción social». Asperger también definió la psicopatía autista como una «restricción del sentido de sí mismo y una limitación de las relaciones con el ambiente», y otro criterio básico en el DSM-V son «los patrones restrictivos y repetitivos de comportamientos, intereses o actividades».¹²

Dado que el trabajo de Asperger terminó expandiendo el espectro autista, muchos lo alabaron por reconocer y celebrar las diferencias de los niños. Es más, con frecuencia se le retrata como un campeón de la neurodiversidad. Si bien la forma en que Lorna Wing reintrodujo la tesis de Asperger en efecto impulsó la discusión pública hacia el respeto de la singularidad de los individuos, es momento de considerar más a fondo los trabajos que Asperger publicó y lo que hizo, en tanto productos de la psiquiatría nazi y del mundo en el que vivió.

Esta historia no tiene como propósito acusar a ninguna figura particular ni desvirtuar la discusión positiva sobre la neurodiversidad que inspiró el trabajo de Asperger. Más bien, es un relato de advertencia al servicio de la neurodiversidad, ya que revela la forma en que las fuerzas políticas y sociales pueden moldear los diagnósticos y lo difícil que es percibirlos y combatirlos.

Se suele representar a Asperger como una persona compasiva y progresista, inmersa en su investigación durante el Tercer Reich y opositor del nazismo. Fue un católico devoto que nunca se unió al Partido Nacionalsocialista y que, además, tiene la reputación de haber protegido a los niños discapacitados de la persecución nazi. Muchos creen que enfatizó las habilidades especiales de estos niños y su valor potencial para el Estado en profesiones técnicas con el fin de protegerlos de la «eutanasia» que el programa nazi aplicaba a los discapacitados. Según esta perspectiva, el doctor usó el diagnóstico de autismo como una lista de Schindler psiquiátrica.¹³ Después de la guerra, Asperger aseguró que se había opuesto al régimen y que había arriesgado su vida para rescatar a los niños del exterminio nazi.¹⁴

Sin embargo, los registros sugieren una historia distinta. Revelan que Asperger participó desde distintas plataformas en el sistema vienés de homicidio infantil de Viena. Era colega cercano de los líderes de este sistema y, por medio de sus cargos en el Estado nazi, envió a decenas de niños a la institución infantil de Spiegelgrund, donde se exterminó a un sinnúmero de niños vieneses.¹⁵

Es difícil reconciliar el papel de Asperger en el programa de eutanasia infantil con su conocido apoyo hacia los niños con discapacidades, pero ambos están documentados; basta con sumergirse en el análisis de su trabajo para ver la doble cara de sus acciones. Asperger distinguió entre los jóvenes que podrían tratarse y que tenían potencial para «ser integrados a la sociedad» y aquellos que consideraba que no tenían remedio. Aunque otorgó atención intensiva e individualizada a los niños que consideraba prometedores, también ordenó que se institucionalizara e incluso se transfiriera a Spiegelgrund a aquellos que a su juicio tenían discapacidades mayores.

Asperger no estuvo solo. Sus colegas con mayor experiencia en la medicina nazi también abogaron por que se exterminara a todo aquel que no pudiera llegar a ser útil para el Reich.

La dualidad de las acciones de Asperger destaca la del nazismo entero. El proyecto del Reich para transformar a la humanidad incluía tanto el tratamiento como la eliminación. Dependiendo de sus defectos, algunos individuos podían ser entrenados para alcanzar los estándares nazis, mientras que otros simplemente eran exterminados.

No fue difícil definir nuevos grupos a los cuales perseguir y asesinar, pues, en lugar de un reglamento único y anónimo, los habitantes del Reich diseñaron e implementaron etiquetas cambiantes y categorías flexibles que evolucionaron con el tiempo. En este régimen de diagnósticos

era necesario transformar a algunas personas con defectos para que alcanzaran los ideales nazis en lugar de erradicarlas. Por ejemplo, mientras se exterminaba a los judíos ortodoxos, era posible germanizar a algunas personas de origen eslavo o enseñar a trabajar a los «holgazanes». De manera similar, Asperger sostenía que se les podía enseñar a «integrarse socialmente» a quienes estaban en el espectro «favorable» del autismo e incluso se les podían reconocer «habilidades especiales». ¹⁶

Los esfuerzos del Tercer Reich para crear una comunidad nacional homogénea implicaron atraer, multiplicar y unificar a los individuos que el régimen consideraba deseables, y dejar fuera al resto. Los empeños por limpiar la política del cuerpo condujeron al Holocausto —el asesinato de más de seis millones de judíos durante el genocidio más grande en la historia—, así como a varios otros programas de exterminio sistemático. El Reich asesinó a más de 200 000 personas que consideró discapacitadas, a 220 000 «gitanos» (romaníes y sintis) y a amplios segmentos de la población soviética y de Europa del Este, incluyendo a 3.3 millones de prisioneros de guerra soviéticos.

Los oficiales nazis clasificaron a las personas que debían ser eliminadas de acuerdo con los principios supuestamente científicos de la higiene racial, atribuyendo los rasgos problemáticos a inferioridad en la herencia y a la fisiología. Debido a que el régimen clasificó las categorías de pertenencia y no pertenencia en el ámbito de la biología, los historiadores consideran al Tercer Reich como un «Estado racial». ¹⁷ Ciertamente, la raza era el principio organizador del régimen nazi, pero el término también se presta a sugerir que las clasificaciones y los programas estaban mejor definidos de lo que eran.

En realidad, expulsar a los indeseables fue un proceso de ensayo y error. Las definiciones eran flexibles y las políticas, inconsistentes —cambiaban según el tiempo, el lugar y los actores—. Incluso el judaísmo, que se podría percibir como una categoría clara, se definió con criterios intrincados en las Leyes de Núremberg de 1935 y, después, en los debates respecto al destino de los *Mischlinge*, o mitad judíos. Los oficiales tampoco tenían claro el número de individuos biológicamente inferiores que había en realidad; calculaban que rondaba entre uno y los 13 millones, o bien, que había uno por cada cinco alemanes.¹⁸ La identificación y persecución de las personas que no podían considerarse como arios saludables también fue aleatoria, ya que incluía a los «asociales» y a los «holgazanes» (por ejemplo, criminales, desempleados, vagabundos, alcohólicos y prostitutas), los hombres homosexuales, los opositores políticos (especialmente los comunistas y socialistas) y los disidentes religiosos (como los testigos de Jehová). Las decisiones de arrestar, deportar y asesinar podían recaer en un solo individuo y en agencias que realizaban clasificaciones individuales.

Este libro sugiere una nueva lente para mirar al Tercer Reich: la de un régimen de diagnóstico. El Estado se obsesionó con colocar a la población en categorías, clasificando a las personas por su raza, preferencia política, religión, sexualidad, criminalidad, origen étnico y defectos biológicos. Después, estas etiquetas se convirtieron en la base de la persecución y la exterminación de los individuos. Así que, aunque el nacionalsocialismo se considera típicamente en términos de sus resultados violentos, seguir la cadena de causalidad revela lo mucho que estos resultados dependieron de los actos iniciales de diagnóstico. La eugenesia nazi se formó para redefinir y catalogar la condición humana.

Por lo tanto, la categorización progresiva de los defectos promovió la persecución y los asesinatos a manos del Estado.¹⁹

La mente recibió escrutinio especial durante el Tercer Reich. Los médicos que vivieron durante la era nazi identificaron cuando menos 30 diagnósticos neurológicos y psiquiátricos que llevan sus nombres incluso en la actualidad.²⁰ Debido a que la salud mental dependía de múltiples factores genéticos, de salud, de estatus familiar, de clase y de género, la mente se encontró en la encrucijada de la eugenesia nazi. Los neuropsiquiatras desempeñaron, con el desarrollo de la esterilización forzada, experimentos con seres humanos y el asesinato de personas que se percibían como discapacitadas, un papel más importante que cualquiera de los otros grupos profesionales dedicados a la limpieza médica de la sociedad.²¹

La psiquiatría nazi se convirtió en un enfoque totalizante para la observación y el tratamiento de los niños. Para examinar la totalidad del carácter en vez de solo síntomas discretos, el psiquiatra tenía que entender de lleno el comportamiento y la personalidad del niño. Esto implicaba supervisar a los jóvenes con mayor atención, detectando incluso las desviaciones más moderadas que ampliaban el alcance de nuevos diagnósticos.

¿Qué se estaba diagnosticando exactamente? En los círculos de Asperger se necesitaba ser de la raza y la fisiología adecuadas para unirse a la comunidad nacional, conocida como *Volksgemeinschaft*, pero también se requería tener espíritu comunitario. Los individuos tenían que creer en el grupo y comportarse como lo hacían sus miembros. La vitalidad del *Volk*, «pueblo» en alemán, dependía de la habilidad de sus individuos para sentirla. La fascinación con la cohesión social subraya la importancia del fascismo en el corazón del nazismo.²²

Conforme el compromiso con la comunidad nacional se convertía en una prioridad para el régimen, las emociones colectivas se volvieron parte de la eugenesia nazi. La sociabilidad también pasó a ser una categoría de persecución.

Asperger y sus colegas profesionales propusieron el término *Gemüt* para definir el concepto. *Gemüt*, que en el siglo XVIII y dentro de la psiquiatría infantil alemana significaba «alma», en el Tercer Reich se usó para referirse a la capacidad metafísica de establecer lazos sociales. El *Gemüt* era esencial para la conexión de los individuos con el colectivo, un ingrediente central para el espíritu fascista. Los psiquiatras nazis comenzaron a diagnosticar a los niños que, según ellos, tenían un *Gemüt* deficiente; es decir, que formaban lazos sociales débiles y que no se alineaban con las expectativas colectivas. Crearon varios diagnósticos similares al autismo, como *Gemütsarm* [falta de *Gemüt*], mucho antes de que Asperger describiera la psicopatía autista en 1944, a la que también definió como un defecto del *Gemüt*.²³

La historia del trabajo de Asperger demuestra las formas individuales y flexibles con las que se definían nuevas categorías de defectos dentro de, y debido al, régimen de diagnósticos del Tercer Reich. El paradigma del régimen de diagnóstico nos lleva de mirar al Estado nazi como un sistema de exterminio a entenderlo como uno de perfeccionamiento. En su núcleo, el Tercer Reich se trató de la evaluación y de la reconstrucción continua de la humanidad. Más allá de los ideales raciales y físicos, el nazismo también se trataba del modo en que la gente pensaba y se sentía. Impuso normas mentales y emocionales dirigidas a un modelo ideal de la personalidad.

Aunque la medicina y la psiquiatría de todo el mundo compartieron características durante esta época, el régimen de diagnósticos del Reich operó bajo la sombra de la muer-